

Congreso «Catequesis y personas con discapacidad: una atención necesaria en la vida de la Iglesia»

Los días 20 al 22 de octubre de 2017 se celebró en la Pontificia Universidad Urbaniana el Congreso «Catequesis y personas con discapacidad: una atención necesaria en la vida de la Iglesia», promovida por el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, con motivo del XXV aniversario de la promulgación del Catecismo de la Iglesia Católica. Han participado más de 450 personas, incluido varias realidades eclesiales al servicio de las personas con discapacidad como comunidad Fe y Luz, la asociación *Beati Noi*, grupos de personas con TEA (trastorno del espectro autístico) y comunidades de personas sordas. Ha habido traducción simultánea a la lengua de signos en diferentes idiomas.



En la tarde del viernes, Mons. Rino Fisichella, presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, en su ponencia «La profesión de fe: “creer”, respuesta del hombre a Dios que se revela» indicó que la fe es una adhesión personal que comprende la inteligencia y la voluntad ante la Revelación que Dios ha hecho de sí mismo mediante sus obras y sus palabras. «Creer» es un acto humano, consciente y libre, que corresponde a la dignidad de la persona humana. Por tanto, la persona con discapacidad por el hecho de «creer» participa de la imagen de Dios y de bienaventuranzas de Jesús. Dios no solo «habla» al hombre, sino que «se entretiene» con él. Y «Dios siempre hace sentir su amor y nos hace entender como nos ama en las situaciones y en las circunstan-

cias en las que cada uno esté». Desde esta perspectiva la catequesis en general, y la que tiene que ver con las personas con discapacidad, decía monseñor Fisichela, debe ser revisada desde la cultura del encuentro y la Iglesia en salida que nos propone el papa Francisco.

La ponencia del profesor Stefano Toschi de la asociación *Beati Noi* de Bolonia sobre «La vida en Cristo, el hombre a imagen de Dios» (leída por otra persona dada su discapacidad física) sobre el recorrido que el concepto de comunicación en general y de comunicación de la fe en particular ha tenido a lo largo de la historia de la filosofía, mostró como la dimensión cartesiana de la comunicación ha supuesto un reduccionismo cognitivo de la comunicación para entender tanto la comunicación con Dios como la comunicación entre los hombres, con graves consecuencias cuando se trata de una comunicación en la que intervienen las personas con algún tipo de discapacidad. La verdadera comunicación humana, mucho más compleja, requiere una antropología para la que su identidad como imagen de Dios permite descubrir otras dimensiones (emocionales, espirituales, etc...) que integran todas las capacidades humanas, no solo la cognitiva.

Después la profesora Pia Matthews, de la Universidad londinense de Sant Mary, cuya ponencia de carácter más teológico mostró el verdadero sentido del valor de la igualdad entre todos los seres humanos, una igualdad basada en que todos comparten el fundamento de su dignidad, el haber sido no solo creados a imagen de Dios, sino redimidos en el hombre nuevo, Cristo paciente muerto y resucitado. Este fundamento ha sido y será siempre contracorriente de cualquier tendencia a la discriminación, de la que no estamos excluidos los mismos cristianos.

Sobre la tutela de las personas con discapacidad habló Sheila Hollins, de la Comisión Pontificia para la Protección de menores, antes de que se inaugurase, como último momento del primer día de congreso, la exposición «El *Catecismo de la Iglesia Católica* accesible a todos. Instrumentos pastorales y catequísticos para la inclusión de las personas con discapacidad». Esta actividad es una muestra de cómo el Catecismo se concreta en pequeños recursos accesibles para cada uno de los objetivos, contenidos, acciones y medios de la catequesis, posibilitando la ayuda a todas las personas a abrir los oídos a la Palabra y soltar la lengua para proclamar el proyecto de amor de Dios por cada persona, por todas las personas. Se observaron materiales realizados tanto por niños y jóvenes con discapacidad como por catequistas.

Sobre la iniciación cristiana de las personas con discapacidad hablaron en el segundo día del congreso Miguel Romero, profesor de la

Universidad *Salve Regina* de Rhode Island (Estados Unidos) y el obispo de Borken Bay (Australia) monseñor Peter Andrew Comensoli.

Miguel Romero desarrolló los argumentos teológicos y pastorales de su exposición con su experiencia personal como hermano mayor de un discapacitado psíquico. Desde muy joven se hacía esta pregunta: ¿qué le pasa a mi hermano? Mientras descubría que sus amigos del colegio veían en su hermano solo diferencias y limitaciones, desde la fe descubría en cambio en su hermano al protagonista de una extraordinaria «alianza» de amor entre Dios, él y su hermano, que disipaba las diferencias entre ambos porque «todos somos iguales ante la necesidad de la gracia y de la misericordia de Dios».

Para explicar esta diferente manera de mirar la realidad de la discapacidad, hay que entender como en la modernidad el concepto de autonomía del hombre frente a Dios ha marcado una antropología en la que *fuerza*, *libertad* (de maniobra) y *capacidad* son considerados atributos indispensables del ser humano, mientras *debilidad*, *vulnerabilidad* y *discapacidad* deprecian la valencia humana.

Y de este prejuicio moderno no siempre estamos libres a la hora de afrontar el desafío pastoral. De ahí que pueda darse incluso entre los cristianos un ideal catequético racional, que ve en la discapacidad (no solo, pero sobre todo en la intelectual) un obstáculo para la «excelencia» de la catequesis, que además tiene su mirada puesta en un destinatario normalizado y genérico de la catequesis, en lugar de un destinatario personalizado, concreto y real, que es cada uno de los catecúmenos. Nos ayuda librarnos de esta lectura deshumanizante (e incluso repelente), la teología natural de san Juan Pablo II que nos enseña que la única diferencia que existe está en el tipo y en el grado de limitaciones entre los destinatarios de la catequesis.

Por eso, conviene desterrar la diferenciación entre una «catequesis normal» y una «catequesis especial o alternativa» (que no excluye procesos pedagógicos diferenciados en virtud del principio de adaptación), porque solo hay una catequesis, la que se da en la relación entre catequistas y catecúmenos, en la que entran en juego las limitaciones de ambos. Una única catequesis por tanto que se adapta siempre a las capacidades y limitaciones de cada catecúmeno, como reza el principio básico del Directorio General de la Catequesis, el de su doble fidelidad: fidelidad al mensaje, y fidelidad al destinatario.

Si es verdad que las personas se perfeccionan, como decía santo Tomás de Aquino, en su semejanza a Dios en el amor, pudo concluir

Miguel Romero diciendo que su hermano de 41 años, aunque con capacidad cognitiva de 11 años, no es un niño, sino un adulto con 41 años de experiencia humana, y así ha de ser tratado por todos, incluida la comunidad cristiana a la que pertenece.

La fe como participación

¿Dónde está la garantía de la adhesión libre a la fe cuando intelectualmente solo podemos presumirla? Para responder a esta pregunta podemos partir de este postulado: «No somos solo creaturas de Dios (creados por él), sino interlocutores de Dios».

Por eso, explicó monseñor Peter Andrew Comensoli, los sacramentos, «ocasiones preciosas en el proceso de la iniciación cristiana», son «empeños de Dios en su diálogo de amor con los hombres», y «signos de la participación de quienes los reciben en la vida de Dios en Cristo». Y por eso si tenemos fe es porque somos humanos, es consecuencia de la existencia humana. El hombre no «realiza la fe», sino que es la fe la que «realiza al hombre».



De ahí que, por un lado, «es el hecho de que somos humanos, y no de cómo lo seamos, lo que importa para participar de la vida sacramental de la Iglesia»; y por otro lado, la respuesta de la fe «no depende de ninguna capacidad de realización sino de la participación en la vida de Cristo», por lo que aún en las más profundas discapacidades se da esta plena participación, no basada en lo que las personas realizan, sino en lo que son.

Y si la fe es «el signo distintivo de una creatura en grado de hablar con Dios», y por tanto hay que valorar la dimensión dialogal y lingüística (escucha, acogida, respuesta) de la fe, como don de Dios y como respuesta humana, hay que entender que las personas con discapaci-

dad extrema no están excluidas del lenguaje en su diálogo con Dios, pues lo hacen desde un lenguaje existencial, el de una relación que se nos escapa a los demás. Para ellos reza también la oración sobre las ofensas del sacramento de la confirmación, cuando implora para ellos que sean «configurados hoy más perfectamente con Cristo, que con su muerte nos mereció el don del Espíritu; y concédeles que la participación en la eucaristía, memorial de la Pascua del Señor, les impulse a dar testimonio de Jesucristo tu Hijo».

El sábado 21 por la mañana, el santo padre Francisco recibió en audiencia a los participantes del Congreso. En su discurso, el santo Padre recordó la actualidad del tema tratado durante estos días de Congreso, tema de gran importancia para la vida de la Iglesia en su trabajo de evangelización y formación cristiana. «La catequesis, de modo particular, está llamada a descubrir y experimentar formas coherentes para que toda persona, con sus dones, sus límites y sus discapacidades, incluso graves, pueda encontrar en su camino a Jesús y abandonarse a Él con fe».

Refiriéndose a este tema, el obispo de Roma enfatizó que, en el curso de los últimos decenios, se ha avanzado en la atención a las personas con discapacidad. «El incremento de la conciencia de la dignidad de toda persona, sobre todo de aquellas más débiles –precisó Francisco– ha llevado a asumir posiciones valerosas para la inclusión de cuantos viven con diversas formas de discapacidad, para que ninguno se sienta extranjero en su propia casa». Una visión muchas veces narcisista y utilitarista lleva, lamentablemente, afirmó el papa, a muchos a considerar como marginados a las personas con discapacidad, sin coger en ella la multiforme riqueza humana y espiritual. «Es todavía demasiado fuerte en la mentalidad común –puntualizó el Papa– una actitud de rechazo a esta condición, como si esta impidiera ser feliz y realizarse a sí mismo (...) En realidad, todos conocemos a tantas personas que, con su fragilidad, incluso graves, han encontrado el camino de una vida buena y rica de significado».

Ante este desafío de la mentalidad común de nuestra sociedad, Francisco señala que la respuesta es el amor. No ese amor falso, piadoso, sino el amor verdadero, concreto y respetuoso. «En la medida con la cual se es acogido y amado, incluso en la comunidad y acompañado a mirar al futuro con confianza, se desarrolla el verdadero recorrido de la vida y se tiene la experiencia de la felicidad duradera. Esto –lo afirma el Papa– vale para todos, pero las personas más frágiles son la prueba. La fe es una gran compañera de la vida cuando nos permite tocar con la

mano la presencia de un Padre que no deja jamás solas a sus creaturas, en ninguna condición de su vida. La Iglesia no puede ser "sin voz" o "desentonaada" en la defensa y promoción de las personas con discapacidad».

Por ello, afirma el papa Francisco, la catequesis está llamada a descubrir y experimentar formas coherentes para que toda persona, con sus dones, sus límites y sus discapacidades, incluso graves, pueda encontrar en su camino a Jesús y abandonarse a Él con fe. «Ningún límite físico o psíquico podrá jamás ser un impedimento para este encuentro –subrayó el Pontífice– para que el rostro de Cristo resplandezca en el interior de toda persona. (...) Aprendamos a superar las dificultades y el miedo que a veces se puede sentir en relación a las personas con discapacidad. Aprendamos a buscar y también a "inventar" con inteligencia instrumentos adecuados para que a nadie le falte la ayuda de la gracia».



Antes de concluir su discurso, el Papa alentó a los participantes a formar, antes que nada, con el ejemplo, catequistas capaces de acompañar a estas personas para que crezcan en la fe y den su aporte genuino y original a la vida de la Iglesia. «Por último, espero –dijo el santo Padre– que cada vez más en las comunidades las personas con discapacidad puedan ser ellos mismos catequistas, incluso con su mismo testimonio, para transmitir la fe de modo más eficaz».

Testimonios convincentes y emocionantes

Convincentes porque mostraron claramente que catequesis y personas con discapacidad es no solo real, plural y creciente, sino también enormemente enriquecedora para toda la comunidad cristiana. Emocionantes porque nos abren la puerta de un tipo de experiencia gozosa de la fe y la de comunión cristiana aún muy desconocida incluso dentro de la Iglesia.

Algunos italianos con discapacidad intelectual hablaron de su relación personal con Dios, y en introdujeron a todos en ese misterio profundo de la fe que es el encuentro con Jesús crucificado y abandonado abrazado en medio de las vicisitudes de la discapacidad.

El Padre Guiuseppe Fabbrini y la profesora Fiorenza Pastelli, de la parroquia Santa María de Loreto, contaron la experiencia que se esperaba como agua de mayo por no pocos de los participantes del Congreso: cuando hablamos de catequesis y discapacidad no solo hablamos de catecúmenos con discapacidad, sino también de catequistas con discapacidad, una experiencia aún muy incipiente que ya el papa Francisco en su discurso había señalado.

El padre Michaél Depcik OSFS, director del *Cathlic Deaf Community* de la archidiócesis de Detroit (EEUU), uno de los 20 sacerdotes sordomudos que hay en el mundo, contó su experiencia de conversión. Si tenemos en cuenta que solo un 3% de los padres de niños sordos aprenden el lenguaje de los sordos, y que el 96% de los sordos no participan de las celebraciones litúrgicas, entendemos el alcance de este desafío pastoral. Los sordos no piensan con palabras, sino con signos. Las palabras se pueden traducir, pero ¿cómo traducir la «música» de los sordos? No se trata solo de traducir de un lenguaje a otro, sino de una manera de pensar a otra. Pero, además, las dificultades de la comunicación no se dan solo por el lenguaje, sino también porque los sordos tienen otras necesidades vitales distintas a las de los oyentes.

El Padre Depcik tuvo la suerte de ser hijo de sordomudos, que le iniciaron en la fe y le transmitieron el ejemplo de los santos. En la escuela católica en cambio le enseñaron a rezar sin entender lo que decía, recitando oraciones cuyo significado no había sido debidamente traducido a su mundo gestual. Pero en un viaje a Australia cuando tenía 18 años (y estaba a punto de dejar la Iglesia), aprendió de la familia que allí lo acogió otro modo de rezar, conversando con Dios, con naturalidad, con sus gestos. Y desde esa experiencia pudo encontrar la vocación al sacerdocio y al ejercicio de su ministerio al servicio de los sordos. Una pastoral a partir de la palabra de Jesús a aquel sordomudo apartado, *effetá*, que todos recibimos como signo en el bautismo. Porque no es solo una llamada de Cristo a abrir los oídos para escuchar y los labios para hablar, sino una llamada a todos, más allá de capacidades y discapacidades, para abrir la mente y el corazón a la Palabra de Dios.

La experiencia de Cristina Gangemi, directora en el Reino Unido de *Kairos*, partió de un encuentro con un joven con discapacidad mental a la puerta de un cementerio, cuando este iba a cerrar. ¿Esperas a

alguien?, le preguntó. Si, espero a mi mama. Al preguntarle a portero del cementerio, este le contó que llevaba diez años viniendo diariamente a esperarla, pero su madre estaba enterrada. Cuando murió alguien allí mismo le dijo que se había ido, pero que volvería. Gangemi se dio cuenta entonces de la necesidad de saber introducir a los discapacitados mentales en la experiencia de la muerte. Para ellos es también la experiencia del duelo y la catequesis de la esperanza cristiana. Así nació, con este fin, *Kairos*, para acompañar a todos, también a las personas con discapacidad, en el momento de la pérdida de un ser querido.

¿Quién ha dicho que las personas con discapacidad, física o mental, no pueden ser catequistas o no pueden consagrar su vida a Dios y al servicio de la Iglesia? El testimonio de las hermanas con y sin síndrome de Down, de la comunidad monástica femenina *Petites Soeurs disciples de l'agneau* dejó a todos encantados. Contagiaban entusiasmo, entre palabras y gestos llenos de gratitud a Dios y a la Iglesia, cargadas de humildad.

La experiencia del padre Gabriele Pipinato, fundador del *Sanit Martín Catholic Social Apostolate di Talitha-Kum* y de las comunidades de El Arca en Kenia, fue la de un sacerdote tan agradecido a Dios por su vocación sacerdotal como por su dedicación a las personas con discapacidad, de las que dijo aprende todos los días a vivir su fe. Contó, casi al modo de una confesión, como en momentos de dificultad personal ante las dificultades propias de toda iniciativa social, han sido las personas con discapacidad las que le han devuelto la paz, las que le han recordado el amor infinito y misericordioso de Dios, a través del cariño y la alegría de aquellos que más se identifican con Jesús.

Anne Dewulf de Bélgica contó el secreto del trabajo de la comunidad de San Egidio con los discapacitados, que es el mismo que con los emigrantes y con todos los que ofrecen algún tipo de necesidad: la amistad. La Comunidad no los acoge como destinatarios de una ayuda, sino que los quiere, los quiere como amigos, los introduce en los lazos comunitarios del amor mutuo, y les ofrece con la oración la experiencia del amor de Dios.

Más que un congreso fue una ventana abierta a la Iglesia en salida, esa que recordaba monseñor Fisichella nos pide el papa en el número 46 de *Evangelii gaudium*: «Salir hacia los demás para llegar a las periferias humanas no implica correr hacia el mundo sin rumbo y sin sentido. Muchas veces es más bien detener el paso, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al costado del camino».